

RECORDANDO A DON FELIX F. OUTES*

Por FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA

El 9 de setiembre se ha cumplido el vigésimo aniversario del fallecimiento del profesor don Félix F. Outes, insigne cultor de las "ciencias del hombre" en la Argentina. Aquel desaparecer de nuestra escena científica nacional del último representante de lo que poco antes había yo denominado la segunda generación de los arqueólogos argentinos —signada toda ella por la muerte en plena sazón y en edad considerada como temprana para los hombres de ciencia europeos— restaba al país un estudioso cuyos méritos resaltan aún hoy, cuando las dos décadas que nos separan de él proveen a su obra de la perspectiva necesaria para juzgarla, señalando su verdadero mérito, al recortarla reciamente en el panorama de su época y frente a las circunstancias en que le tocó vivir.

En aquel momento algunos de los que formamos parte de la generación siguiente trazamos, cada cual según la particular modalidad y la visión más o menos completa del hombre y del personaje de que disponíamos, un medallón evocativo del hombre y del estudioso. A veinte años de esa fecha, son algunos de los jóvenes que constituyen las generaciones que vienen inmediatamente tras la nuestra, y aún algunos de los que en estos tiempos comienzan a ejercer briosamente sus primeras armas, los que me han requerido que sea yo quien intente de nuevo su retrato.

He comprendido sus motivos. Pocos, muy pocos son ya, los que le conocieron y trataron personalmente, los que cultivaron su trato y conocieron el metal de su voz, el reflejo de su mirada, el ritmo nervioso y contenido de su ademán, el Outes de carne y hueso, un poco eludido por la incisiva penetración de sus juicios agudamente hirientes, que hoy comienzan a veces a embotarse en la fría precisión de una prosa menos leída de lo que mereciera. Celebro, pues, que sean

* N. R. Discurso pronunciado por el profesor Dr. Fernando Márquez Miranda, en el homenaje que la Sociedad Argentina de Antropología tributó en el año 1959, a su presidente fundador, Dr. Félix Outes, en la sede del Museo Etnográfico de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

jóvenes los que me han pedido que le recordemos. Y considero el que se hayan dirigido a mí cual oficiente como uno de esos tristes privilegios que suelen concederse a los que, algo exageradamente quizá, solemos llamar los derechos de la ancianidad . . .

A continuación del grupito inicial de Ameghino, Moreno y Ambrosetti, cuyas sombras próceres se agrandan en la distancia, del siempre traqueteado y trashumante Adán Quiroga, del polifacético y espectacular Zeballos, la segunda generación de los antropólogos argentinos (entendiendo este término con la ingente latitud que lo caracteriza en su más amplio sentido) se centra en tres fuertes figuras nacionales: Luis María Torres, Salvador Debenedetti y Félix F. Outes. Los tres aparecen casi simultáneamente entre el final del siglo pasado y el comienzo del presente. A ellos han de sumarse, andando el tiempo, tres extranjeros, de mayor o menos arraigo en nuestra palestra científica: José Imbelloni (más tarde incorporado a la vida nacional), Roberto Lehmann-Nitsche y Eric Boman. Y unos y otros, cada cual en su medida, van a ir remodelando nuestras ciencias.

A las intuiciones geniales y a veces desmesuradas de la generación inicial, a su inexperiencia técnica inicial y a sus felicísimos hallazgos, van a sustituir —por su influjo— un rigor mayor en la diferenciación tipológica, un más acuciado examen crítico de los problemas, una mayor pugnacidad en la elucidación de los asuntos, un análisis más acendrado de las fuentes, una preocupación mayor por las disciplinas auxiliares, exploratorias de la realidad.

El signo que preside a las actividades de esta segunda generación es el de la precocidad, pese a los breves e inevitables tanteos iniciales: Torres sigue la carrera de Derecho, pero sin llegar jamás a ejercerla; Outes hace indecisos tanteos en la misma dirección y luego en medicina, sin lograr promediar ni una ni otra carrera; Debenedetti llega a ser celebrado por Rojas, nada menos que con Banchs, como la más joven esperanza poética, antes de buscar formas de revelación y de ensueño más tangibles . . .

Pero no es el único en quien la preocupación por la forma literaria tienta a burilar la frase tanto como el concepto: de resultas de una breve actuación de tres meses como Oficial Mayor de la Biblioteca Nacional, Outes —que ha podido contemplar a su sabor al viejo ogro de Paul Groussac en su “ciudad de los libros” de la Biblioteca Nacional— guarda, durante toda su vida, un respeto intelectual que llega a la reverencia por ese guardiamarina aventurero que un día recaló en el Plata para enseñarnos, después de sus primeras e in-

sulsas novelitas galicaizantes, un español cada vez más límpido, que sin perder nada de su reciedumbre se vistió de todas las galas y finuras de Francia.

Y en punto a precocidad, basta recordar a Torres y a Outes aunándose, en 1903, en la tarea de editar *Historia*, en la que Outes publica, entre otros, su estudio sobre el puerto de los Patos, en respuesta a unas observaciones del general Mitre, para entonces ya de regreso de todo lo que se podía ser en el escenario nacional y aún sudamericano... Naturalmente la Revista durará lo que un lirio, tiempo suficiente para alcanzar cierta resonante notoriedad en el Buenos Aires diminuto de entonces, hecho que se traduce en su entrada al Museo de Buenos Aires, como adjunto honorario de su Sección Arqueología.

Outes puede estar contento. Su estudio recién citado —amén de trabajos menores, que ya hemos dejado citados en mi recordación de 1939*— en el que había acreditado un infrecuente conocimiento de fuentes de las crónicas coloniales y de la cartografía de época, lo mismo que sus iniciales investigaciones sobre los Querandí, no hicieron más que anticipar una nombradía creciente, que trabajos tales como *Arqueología de Hucal (Gobernación de la Pampa)* y *Alfarería indígena de la Patagonia* (1905), naturalmente hoy anticuado en puntos de detalle, pero que sigue siendo el mejor trabajo de conjunto sobre la región y un hito esencial en su conocimiento y clasificación, con su fino método discriminativo y su muy abundante bibliografía, ratifica la autoridad del autor. Es éste un “Estudio de arqueología comparada”, como lo subtitula Outes. Con una extensión de 371 páginas, presenta 206 figuras intercaladas en el texto y una carta arqueológica en la que se señala la ubicación aproximada de todos los lugares cuyo material es estudiado, desde General Frías y Valcheta en el norte patagón hasta la aislada población de Puerto Gallegos en el linde meridional.

Un detalle sintomático, característico, en Outes es, por ejemplo, terminar esa tan completa monografía con 8 páginas de hojas en blanco, numeradas, para “Adiciones y observaciones del lector”, procedimiento que —conociéndole— parece suponer como una especie de desafío a encontrarle defectos o como una invitación a ocuparse de su libro largamente...

Este llega al gran público con la resonancia de su polémica con

* N. R. “Profesor Félix F. Outes”, en *Revista del Museo de La Plata*, Nueva Serie, Sec. Oficial, 1939, pp. 123-134. Univ. Nac. de La Plata, 1940.

Boman, acerca de los problemas de la etnografía de los Tupí-guaraní. Pero Outes no es autor fácil, ni gusta de serlo. Su memoria, *Sobre un instrumento paleolítico de Lujan*, tiende a compensar la exigüidad del material estudiado con la abundancia erudita de la Bibliografía. Con los instrumentos modernos de los onas no puede hacer lo mismo, y se advierte que sufre por ello, pues no puede anotar, como antecedente, más que una conferencia de *amateur* y la descripción de un objeto.

Su colaboración en las publicaciones del Museo de La Plata se inicia, en 1907, como secretario general-bibliotecario-director de publicaciones, con el índice de los primeros trece tomos de la *Revista* de la Institución, en la que actuaba en ese cargo singular, tan diversificado. Guardémosnos de burlarnos de esa tarea, juzgándola secundaria o pueril, por mecanizada, pues vino a prestar muy buenos servicios a cuantos necesitaron consultarla hasta la fecha. Del mismo modo repararemos en que allí continúa la preocupación tipográfica cuya plena satisfacción, casi preciosista, hallará finalmente Outes en años posteriores. Entre las obras de ese período debemos citar, en 1907, *Alfarerías del noroeste argentino*, en los magníficos *Anales* del Museo (t. I, 2ª serie, hoy imposibles ya de editar) obra ligeramente disminuída en su importancia por ciertos errores de agrupamiento de las ilustraciones y hasta de errores en las mismas, que no le son imputables y sobre los cuales él mismo puso en guardia a los lectores), así como su monografía sobre la arqueología de San Blas.

En el período de 1908-1911 se producen nuevas demostraciones de su importancia científica, de su capacidad combativa y de sus éxitos en la "carrera de los honores". De 1908 es su primer largo viaje a Chile, volviendo por vía Malvinas. De esta época es su conflicto con Ameghino, traducida en una polémica ardorosa, tras el tirón de orejas del maestro, que tampoco se caracterizaba por una excesiva paciencia. No insistiré sobre ello, por haberlo tratado con alguna extensión en mi biografía *Ameghino, una vida heroica* *. La carta del sabio autor de La antigüedad del hombre en el Plata que aparece reproducida en uno de los tomos finales de sus *Obras Completas* prueba su disgusto ante lo que le pareció una injustificada insolencia discipular, pero Outes retomó el tema en 1910, con Bückling, y hasta anunció la aparición de una obra ulterior, en la que con un "propos

* N. R. "Ameghino, Una Vida Heroica", Editorial Nova, Colección *Los Hombres Representativos*, 327 páginas incluyendo Selección de la Correspondencia Personal y Científica. Buenos Aires, 1951.

absolutamente impersonal, depuratorio et dont le seul désir est d'arriver a la vérité primitive" se pusieran las cosas en su sitio. Como tantos otros trabajos científicos de Outes, largamente anunciados y hasta con título definitivo, éste no cristalizó jamás. . .

De fines de 1909 es su nombramiento de profesor suplente de antropología en la Facultad de Ciencias Naturales de La Plata y de comienzos de 1911, la de profesor de igual categoría en arqueología. Unas series de cráneos entrerrianos, con variaciones y anomalías anatomo-patológicas le permite otra extensa exhibición de bibliografía extranjera, mientras se da tiempo para intentar matarle el punto a su colega Torres, redescubriendo los hallazgos antropológicos de Mazarueca, que éste había publicado en la ya extinguida *Historia* (episodio que jalona uno de los numerosos —y enconados— distanciamientos entre ambos).

Ese afán de extremar el análisis hasta donde éste es posible, de exigir y de exigir a los otros la labor sin tacha, se advierte igualmente en tareas arqueológicas y lingüísticas de esa época. Su estudio sobre unas alfarerías mexicanas ocasionalmente encontradas en la provincia de Buenos Aires revela su sentido de los valores estilísticos y de forma, su nota sobre la voz "Chapadmalal" y otras sobre temas arqueológicos reincidentes en la extensión de su acervo bibliográfico y de su rigor crítico, su monografía sobre arqueología chiriguana es notable por su sentido clasificatorio esclarecedor de cada una de las fases técnicas de su realización. Al final no puede con su genio y reitera sus observaciones en contra de Boman, recayendo en la polemización anterior.

El último de sus trabajos eruditos platenses en 1911 es su valiosa monografía acerca de Los tiempos prehistóricos y protohistóricos en la provincia de Córdoba, labor de síntesis con la que cierra su larga actuación en dicho Museo. La extensión, que apenas excede el centenar de páginas de esta monografía, no impide el sagaz desarrollo metódico de su tema: primero, los antecedentes geológicos y estratigráficos, luego la enumeración de los materiales conservados en el Museo de La Plata, en cuanto a la piedra tallada. Y enseguida los antecedentes de pueblos y yacimientos del período neolítico, el estudio especial de arte exteriorizado en frescos rupestres —es decir pictografías— y petroglifos, y al final en examen pormenorizado de los materiales de Museos y colecciones. Este, según el material empleado —piedra, hueso, concha, metal y cerámica— subdividido según formas y funciones.

Al retirarse deja impresos un tomo de *Anales*, 5 de *Revista* y 2 de

una pequeña *Biblioteca de Difusión Científica*, que nadie se encargó de proseguir. Uno de esos tomitos estaba destinado a la figura ejemplar de Flinders Petrie, traduciendo uno de sus libros de síntesis y uno de sus artículos clasificatorios de la arqueología egipcia.

Correlativamente —y desde 1903, fecha de la publicación de su trabajo sobre *El Puerto de los Patos*— Outes estudiaba con acuciosa atención la cartografía histórica, para intentar encontrar en ella una base de reconstrucción del primitivo paisaje y de los dichos de los cronistas. Ese mismo año había dedicado algún tiempo a la metódica lectura del libro de Vidal de la Blache sobre las Guayanas y su cartografía. Por eso es que, a partir de entonces, muchos de sus estudios etnográficos tienen un sólido basamento geográfico (el mismo que hoy reputamos indispensable, pero que era a menudo olvidado antes de él). Recién después de sus *Notas para el estudio de la geográfica histórica rioplatense* o de *La matanza y el río de los querandíes*, podemos comenzar a ver tal costumbre generalizarse.

De ahí que no pueda extrañarse verle como profesor interino de geografía humana en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, de 1914 a 1915 y aún como jurado del tribunal de profesores suplentes de esa asignatura entre 1919 y 1920, así como ya lo había sido de antropología, arqueología y biología en otras ocasiones, pues desde 1915 había llegado ya a la cátedra titular y a la dirección del Instituto de Geografía desde 1917. Y en tal cargo no se limitó a serlo de manera soslayada o nominal sino que proyectó la organización definitiva de la Sección Geografía, con la agrupación sistemática de su correspondiente bibliografía, la regesta cartográfica que debía ser su consecuencia y las memorias descriptivas o críticas, fruto maduro de esa labor.

Por eso, y bajo su dirección eminente, ese Instituto de Geografía cobró una importancia decisiva en el conjunto de los departamentos de investigación científica de la Facultad, lo que vino a contrastar con el decaimiento progresivo, o al menos el decaimiento de otros menos favorecidos por la dirección progresista y resuelta que sus cabezas dirigentes lograban imprimirles.

Tampoco estuvo ausente de sus labores, ni la preocupación histórica ni la lingüística. En cuanto a la primera, podemos anotar que nace con el siglo, en la redacción, en 1901, de una breve nota sobre *Mitre bibliófilo*, en una revista entonces de vasta difusión popular. Tras este comienzo, y jalonando toda su carrera, señalamos *El primer establecimiento español en territorio argentino*, *Memorias póstumas del*

brigadier don Cornelio de Saavedra, La Junta de Historia y Numismática: su evolución, sus trabajos, Un retrato raro del general don Manuel Belgrano, Nuestra primera historia, la reedición de Schmidel, Don Juan de Garay, Circunstancias que rodean su muerte, estudio histórico-geográfico, Formación del "Gabinete del Rey".

Todavía en algunos aspectos, pueden adscribirse a este conjunto tanto su monografía geológico-arqueológica *Los supuestos túmulos de Pilar (provincia de Buenos Aires)*, como la antropológico-histórica *Los restos atribuidos al dictador Francia*, en la que demuestra que ellos no pertenecieron al tristemente implacable dictador del Paraguay. También publicó documentos históricos: ya los contenidos en *La diplomacia de la Revolución*, alusivos a las misiones de Mariano Moreno al Brasil e Inglaterra, como las nueve piezas bibliográficas inéditas, procedentes de la Imprenta de los Niños Expósitos, que dió a conocer, con minuciosa descripción suya. Y hasta llegó a anunciar que publicaría un estudio referente a la evolución de las ideas subversivas en el Río de la Plata, examinadas desde el ángulo de la formación de los grandes partidos políticos argentinos, que tampoco (como tantos otros proyectos) salió jamás de ese estado larval, cual también ocurrió con su proclamado estudio sobre los subterráneos coloniales bonaerenses.

Otra faceta de su actividad fue la correspondiente a la lingüística aborígen, que justamente el general Mitre, su figura ejemplar de comienzos del siglo, había puesto de moda con su vitalicia preocupación por reunir esa ingente masa de manuscritos coloniales que póstumamente editó Luis María Torres bajo el nombre de *Catálogo razonado de las lenguas americanas*. En ello ha de verse, además, una preocupación de penetrar en la vida aborígen desde el conocimiento fino de las particularidades idiomáticas, que ya fue intención persistente en aquel gran arqueólogo y lingüista de la primera generación que se llamó Samuel A. Lafone-Quevedo, amigo y colaborador del general Mitre.

Esta preocupación lexicográfica, si bien aparece más tardíamente en Outes, a partir de 1913, ocupa buena parte de su labor y se adensa especialmente desde antes de su salida del Museo de La Plata. Ahora, y sin inventar una enumeración exhaustiva, deseamos recordar, desde su trabajo inicial, *Sobre las lenguas indígenas rioplatenses*, y de *Un texto y vocabulario en dialecto Pehuenche del siglo XVIII*, sus *Datos sobre la ergología y el idioma de los yámana de Wulaia (Isla Navarino)*, *Vocabulario y fraseario Gennaken (Puelche)*, Versiones al Aónükün'K (Patagón meridional) de *textos religiosos cristianos*, *Un texto Aónü-*

kün'K (Patagón meridional) para incitar a la caza, Las variantes del vocabulario Patagón reunido por Antonio Pigafetta en 1520 y Los trabajos lingüísticos atribuidos a Teófilo F. Schmid y la labor de Federico Hunziker (estudio éste que si bien parte de un tema sobre lengua aborigen lo aborda con un criterio histórico).

No fui nunca alumno de los cursos del profesor Outes, ni puedo juzgar desde tal particular enfoque su particular capacidad de trasmisión de conocimientos ni —lo que sin duda es más importante— su posibilidad espiritual de acercamiento a sus eventuales alumnos. Hacia 1922 pude haberlo conocido personalmente. Pero me lo impidió una polémica a la que fue arrastrada mi confiada inexperiencia. En realidad, nunca estuve personalmente en juego. Pero era yo entonces demasiado novato y primerizo para estar seriamente enfrentado a semejante enemigo.

El problema se suscitó por una diferencia de opiniones acerca del número de culturas que podían señalarse en la zona de la cuenca del Paraná, en el litoral argentino y la primacía de determinadas opiniones en torno a ello. Como yo sostuviera, frente a un artículo de Aparicio —igualmente primerizo— una opinión que favoreció a Torres, Outes primero y el propio Aparicio después, ejercitaron sobre mí —blanco visible— la temible puntería de sus grandes cañones, dirigidos, naturalmente, sobre Torres, blanco invisible, que no respondió, en tanto que a mí mismo me eran cerradas entonces las puertas de la defensa. . .

En ello paró la cosa en lo que a mí respecta. En el retrato póstumo de Outes he demostrado que ni uno ni otro nos guardamos rencor por ese mi juvenil incidente y he contado las significativas y reiteradas distinciones con que me demostró, sin aludir nunca a ello, qué otro era el concepto que yo le merecía personalmente e intelectualmente, pocos años después, cuando llegó a tratarme, es decir, a conocerme. Y lo he contado porque ello le hace tanto honor como el que yo recibí por ese trato.

Con todo —y aunque por las circunstancias apuntadas nunca le escuche clase alguna—, tengo para mí que no le interesaron demasiado las faenas docentes. Su aporte a la docencia se reduce así al ejercicio, bastante reducido en los hechos, de su cátedra de geografía en el Colegio Nacional de Buenos Aires, adonde su distraída actuación le ponía a sideral distancia de sus ocasionales alumnos, y a su organización minuciosa del Gabinet de Geografía del Colegio, al que dio la minuciosa estructura con que sabía organizar los vastos materiales de su Sección de Geografía de la Facultad.

Mi situación de profesor secundario de historia en ese mismo gran Colegio de la Universidad, me ha permitido, sin proponérmelo expresamente, recoger en más de una oportunidad referencias de sus antiguos colegas y alumnos, que confirmaban mi impresión intuitiva de ese aspecto de su vida. El investigador había devorado al profesor y la función de enseñante en el estadio secundario era demasiado secundaria para él. . .

Sin embargo destaquemos, por sus ulteriores consecuencias docentes, la realización juvenil, con la colaboración de don Carlos Bruch (habilísimo fotógrafo e ilustrador de trabajos de ciencias naturales y “del hombre”) de una colección de seis cuadros murales, para uso de las escuelas, acompañados de un texto explicativo. El éxito obtenido —y su compensación monetaria en épocas aún difíciles de su iniciación intelectual— llevaron a ambos a ampliar la iniciativa con un manualito, editado por esos años, cuyo homeopático texto y claras imágenes fueron una de las alegrías de mis primeros años del bachillerato. Años después, Outes me refirió, muy complacidamente, que ese abreviado compendio había sido redactado por él en una semana, lo cual —en su estilo— no deja de ser *un tour de force*.

En cuanto a las clases de la Facultad, ya eran otra cosa. El investigador podía allí dictar sus propias investigaciones y discutir ampliamente las de sus colegas, determinar vocaciones nacientes y alentarlas con su alto y penetrante ejemplo, su entusiasmo y su finura crítica. Creo que allí pudo darse mucho más proficuamente. Pero, con todo, fue en sus escritos (y aún en sus escritos polémicos) en donde puede encontrárselo por entero.

Delegado titular ante el Consejo Superior en 1921 y miembro del Consejo Directivo de la Facultad en 1923, obtiene para su Instituto de Geografía todo lo necesario para su organización permanente de gran eficiencia: local, empleados, recursos para publicaciones. Tanto que, cuando en 1930, al producirse el retiro del Dr. Lehmann-Nitsche de su cátedra de Antropología, para acogerse a los beneficios de la jubilación y volver a su tierra natal, Outes —que era su suplente desde 1908—, no encuentra ninguna dificultad en acceder primero al ejercicio provisional y luego a la titularidad en dicha cátedra.

Más aún, cuando a fines de 1930 Salvador Debenedetti fallece sorpresivamente, frente a las costas brasileñas, en el barco que le traía de regreso de una de esas periódicas sesiones del Congreso de los Americanistas, que acababa de celebrarse en París, dejando vacante la dirección del Museo Etnográfico, es también Outes quien lo reem-

plaza. Esto no ha de significar, empero, una mera sustitución de personas. Por el contrario —y a juzgar por las constancias documentales que Outes estampa en las páginas liminares de *Solar*, pequeña revista de presentación tan inusual como exquisita, que será una de sus dilectas iniciativas de ese momento inicial de su actividad directorial—, el cambio de director trae aparejada una verdadera transformación del Museo, que abarca desde el destino de sus locales hasta su personal, sus métodos de trabajo tanto como la presentación de los mismos, la exhibición de los materiales cuanto las personas que han de formar el elenco actuante en esa Casa.

Sin abandonar esta vieja casona, antigua sede de la primitiva Facultad de Derecho, cedida graciosamente por la Municipalidad de Buenos Aires, en la que ahora todavía nos encontramos pese a sus múltiples desfallecimientos (y cuya inauguración erróneamente atribuí en mi homenaje de recordación, a Outes en ocasión de su muerte), el Museo venía arrastrando con cierta languidez una vida claudicante, apenas salido de los sótanos de la Facultad, en la calle Viamonte, donde lo había instalado originalmente Ambrosetti, pero sin lograr —fuera de un poco más de luz y de un cierto mayor espacio para el despliegue de sus abigarradas colecciones—, la satisfacción de otras urgentes necesidades, indefinidamente postergadas por la anemia congénita de las partidas disponibles a esos fines.

Outes, con toda valentía, afrontó el problema. El tenía en sus manos las posibilidades, es decir, aquellas partidas indispensables y aquellos espacios disponibles para la expansión ineludible, pues su perseverante acción y la temibilidad derivada de sus agresividades verbales, grandemente famosas en los medios universitarios, se las habían precurado. Combinando, con determinación, la habilidad con el desinterés, ofreció toda su situación como salvación del Museo. La solución pareció satisfactoria: el Museo ganaba las gruesas partidas de presupuesto del Instituto de Geografía, sus fondos bibliográficos y su copiosa mapoteca, para robustecer la propia, aún mal abastecida, las posibilidades de nuevas e importantes publicaciones y un director imperioso y enérgico, capaz de exigir porque se exigía. Y Outes obtuvo su viejo sueño de, conservando su pequeño feudo geográfico, acrecerlo con el antiguo Museo especializado, al cual podía muy bien revitalizar y que ya nadie podría disputarle desde que tanto le daba...

Así fue, en efecto. Durante ocho años, Outes señoreó en el Museo Etnográfico, incontrastablemente. En ellos se produjo la modernización de las instalaciones, la redistribución de los locales, la aparición

Mi situación de profesor secundario de historia en ese mismo gran Colegio de la Universidad, me ha permitido, sin proponérmelo expresamente, recoger en más de una oportunidad referencias de sus antiguos colegas y alumnos, que confirmaban mi impresión intuitiva de ese aspecto de su vida. El investigador había devorado al profesor y la función de enseñante en el estadio secundario era demasiado secundaria para él...

Sin embargo destaquemos, por sus ulteriores consecuencias docentes, la realización juvenil, con la colaboración de don Carlos Bruch (habilísimo fotógrafo e ilustrador de trabajos de ciencias naturales y "del hombre") de una colección de seis cuadros murales, para uso de las escuelas, acompañados de un texto explicativo. El éxito obtenido —y su compensación monetaria en épocas aún difíciles de su iniciación intelectual— llevaron a ambos a ampliar la iniciativa con un manualito, editado por esos años, cuyo homeopático texto y claras imágenes fueron una de las alegrías de mis primeros años del bachillerato. Años después, Outes me refirió, muy complacidamente, que ese abreviado compendio había sido redactado por él en una semana, lo cual —en su estilo— no deja de ser *un tour de force*.

En cuanto a las clases de la Facultad, ya eran otra cosa. El investigador podía allí dictar sus propias investigaciones y discutir ampliamente las de sus colegas, determinar vocaciones nacientes y alentarlas con su alto y penetrante ejemplo, su entusiasmo y su finura crítica. Creo que allí pudo darse mucho más proficuamente. Pero, con todo, fue en sus escritos (y aún en sus escritos polémicos) en donde puede encontrárselo por entero.

Delegado titular ante el Consejo Superior en 1921 y miembro del Consejo Directivo de la Facultad en 1923, obtiene para su Instituto de Geografía todo lo necesario para su organización permanente de gran eficiencia: local, empleados, recursos para publicaciones. Tanto que, cuando en 1930, al producirse el retiro del Dr. Lehmann-Nitsche de su cátedra de Antropología, para acogerse a los beneficios de la jubilación y volver a su tierra natal, Outes —que era su suplente desde 1908—, no encuentra ninguna dificultad en acceder primero al ejercicio provisional y luego a la titularidad en dicha cátedra.

Más aún, cuando a fines de 1930 Salvador Debenedetti fallece sorpresivamente, frente a las costas brasileñas, en el barco que le traía de regreso de una de esas periódicas sesiones del Congreso de los Americanistas, que acababa de celebrarse en París, dejando vacante la dirección del Museo Etnográfico, es también Outes quien lo reem-

plaza. Esto no ha de significar, empero, una mera sustitución de personas. Por el contrario —y a juzgar por las constancias documentales que Outes estampa en las páginas liminares de *Solar*, pequeña revista de presentación tan inusual como exquisita, que será una de sus dilectas iniciativas de ese momento inicial de su actividad directorial—, el cambio de director trae aparejada una verdadera transformación del Museo, que abarca desde el destino de sus locales hasta su personal, sus métodos de trabajo tanto como la presentación de los mismos, la exhibición de los materiales cuanto las personas que han de formar el elenco actuante en esa Casa.

Sin abandonar esta vieja casona, antigua sede de la primitiva Facultad de Derecho, cedida graciosamente por la Municipalidad de Buenos Aires, en la que ahora todavía nos encontramos pese a sus múltiples desfallecimientos (y cuya inauguración erróneamente atribuí en mi homenaje de recordación, a Outes en ocasión de su muerte), el Museo venía arrastrando con cierta languidez una vida claudicante, apenas salido de los sótanos de la Facultad, en la calle Viamonte, donde lo había instalado originalmente Ambrosetti, pero sin lograr —fuera de un poco más de luz y de un cierto mayor espacio para el despliegue de sus abigarradas colecciones—, la satisfacción de otras urgentes necesidades, indefinidamente postergadas por la anemia congénita de las partidas disponibles a esos fines.

Outes, con toda valentía, afrontó el problema. El tenía en sus manos las posibilidades, es decir, aquellas partidas indispensables y aquellos espacios disponibles para la expansión ineludible, pues su perseverante acción y la temibilidad derivada de sus agresividades verbales, grandemente famosas en los medios universitarios, se las habían precurado. Combinando, con determinación, la habilidad con el desinterés, ofreció toda su situación como salvación del Museo. La solución pareció satisfactoria: el Museo ganaba las gruesas partidas de presupuesto del Instituto de Geografía, sus fondos bibliográficos y su copiosa mapoteca, para robustecer la propia, aún mal abastecida, las posibilidades de nuevas e importantes publicaciones y un director imperioso y enérgico, capaz de exigir porque se exigía. Y Outes obtuvo su viejo sueño de, conservando su pequeño feudo geográfico, acrecerlo con el antiguo Museo especializado, al cual podía muy bien revitalizar y que ya nadie podría disputarle desde que tanto le daba...

Así fue, en efecto. Durante ocho años, Outes señoreó en el Museo Etnográfico, incontrastablemente. En ellos se produjo la modernización de las instalaciones, la redistribución de los locales, la aparición

de nuevas publicaciones, de cada vez mayor belleza, seriedad y prestancia —tales como *Solar*, antes mencionada, la *Serie A*, de *Publicaciones* y las últimas ediciones de trabajos de geografía histórica, antes aludidos. Como un verdadero dictador de esas publicaciones, llegó hasta a cambiarles de título, cuando el que originalmente les atribuyeron sus autores llegó a parecerle inelegante o visualmente mejorable desde un punto de vista meramente tipográfico, para lograr un determinado efecto. En tal sentido fue totalmente intransigente, intolerante. Pero, aunque parezca extraño, el prestigio de su infalibilidad para la selección de lo que mejor convenía para exaltar y dar valor a la presentación fue tal —así como el temor a incurrir en su fácil desafecto y en su rápida crítica mordiente— que nadie protestó por estos avances, al menos en voz alta...

Hasta 1931 la norma en el campo de las “ciencias del hombre” había de ser el trabajo de cada cual por su lado; la esquivéz y la retracción como actitud personal y un “espléndido aislamiento” alibiónico, como posición pública. En 1932, ante la inminencia de la reunión en La Plata (con alguna ocasional sesión en Buenos Aires) del XXV Congreso Internacional de Americanistas, las cosas cambiaron un poco, al constituirse, bajo el patrocinio de Ricardo Levene, la Comisión Organizadora de dicho certamen. Sin embargo, no faltaron allí algunas incidencias de entretelones y ciertos rozamientos en borrascosas reuniones de comunicaciones, una vez comenzadas las sesiones que provocaron —precisamente por ser ajeno a ellas— mi ascenso a Secretario General de ese gran certamen internacional.

Tanto en las sesiones preparatorias como en las ordinarias, tuve oportunidad de tratar personalmente, por primera vez, a Outes, quien estuvo especialmente amable conmigo. En 1933 fue consultado por el Dr. Levene, confidencialmente, acerca de mi designación como profesor titular de Prehistoria argentina y americana, en la cátedra que la enfermedad había obligado a renunciar a mi profesor, el Dr. Torres, y se pronunció a mi favor, en ocasión crucial para mi carrera, pues esa cátedra me era disputada, en la Facultad de Humanidades, por un colega bonaerense que olvidaba mis diez años de servicios reiterados como suplente y encargado de curso.

En ese año, y para vestir aún más dignamente, mi copiosa monografía sobre *Los artifices de la platería en el Buenos Aires colonial*, que fue editada por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, me hizo el honor de ofrecerme la reproducción de una bella plancha de cobre colonial con

una imagen de San Eloy, de época, avallorando tal contribución al buen éxito de mi libro con una descripción de la misma, hecha con la sobriedad y la minucia que le caracterizaban. En 1934 me facilitó una flauta de Pan lítica de las colecciones del Museo Etnográfico, para completar con su estudio uno, comparativo, del área de distribución de tales instrumentos de piedra en el noroeste argentino, que publiqué en La Plata.

Y, enterado de que preparaba el relato de mis viajes iniciales de estudio a la zona de Iruya y Santa Victoria, me ofreció las libretas de viaje de Debenedetti, depositadas en su Museo, en el caso de que Casanova (que había acompañado a su maestro en el viaje a Titiconte, última expedición del ex-director desaparecido), no pensase en editar tales resultados. Aunque ello no pudo realizarse, porque Casanova decidió hacerlo, su buena voluntad, espontánea, obliga a todo reconocimiento a su favor.

En 1936, Levene, alentado, sin duda, por el buen resultado de su primera tentativa de hacer trabajar en común a tan inveterados individualistas, volvió a reunir a los antropólogos argentinos, para que nos hiciéramos cargo del primer tomo de la *Historia de la Nación Argentina*, entonces en gestación. Por ser el primer tomo era una gran responsabilidad, pues él trazaría las normas de estilo, profundidad y responsabilidad, amén de las características tipográficas generales de la obra a crearse. Todos respondimos, menos el profesor Greslebin, a quien sus entredichos en el Congreso de 1932 le quitaban el placer de la reincidencia.

Con muy buen criterio se resolvió pedir a Outes que fijara el plan del volumen e hiciera un proyecto de distribución de los capítulos. Outes lo verificó, teniendo en cuenta los trabajos anteriores y las particulares preferencias de los participantes y se reservó un capítulo final, llamado "Exégesis" que serviría de remate y de nexo común a todos ellos y en el cual él estudiaría las conexiones de las regiones, *etnos* y culturas, con las grandes corrientes culturales indígenas del exterior de nuestro país. Poco más tarde se produjeron algunos acontecimientos que le determinaron a renunciar a escribirlo, lo que constituyó una falla evidente en los alcances y la estructura misma de nuestros capítulos particulares. Hay quienes estuvieron enterados de ese alejamiento de Outes, o lo intuyeron, u olvidaron esa reserva jurisdiccional y desarrollaron, poco o mucho, tal aspecto. Otros nos ajustamos más severamente al mandato originario, por diversos motivos. Quienes ignoraron, o han olvidado esos antecedentes de la

de nuevas publicaciones, de cada vez mayor belleza, seriedad y prestancia —tales como *Solar*, antes mencionada, la *Serie A*, de *Publicaciones* y las últimas ediciones de trabajos de geografía histórica, antes aludidos. Como un verdadero dictador de esas publicaciones, llegó hasta a cambiarles de título, cuando el que originalmente les atribuyeron sus autores llegó a parecerle inelegante o visualmente mejorable desde un punto de vista meramente tipográfico, para lograr un determinado efecto. En tal sentido fue totalmente intransigente, intolerante. Pero, aunque parezca extraño, el prestigio de su infalibilidad para la selección de lo que mejor convenía para exaltar y dar valor a la presentación fue tal —así como el temor a incurrir en su fácil desafecto y en su rápida crítica mordiente— que nadie protestó por estos avances, al menos en voz alta...

Hasta 1931 la norma en el campo de las “ciencias del hombre” había de ser el trabajo de cada cual por su lado; la esquivéz y la retracción como actitud personal y un “espléndido aislamiento” alibiónico, como posición pública. En 1932, ante la inminencia de la reunión en La Plata (con alguna ocasional sesión en Buenos Aires) del XXV Congreso Internacional de Americanistas, las cosas cambiaron un poco, al constituirse, bajo el patrocinio de Ricardo Levene, la Comisión Organizadora de dicho certamen. Sin embargo, no faltaron allí algunas incidencias de entretelones y ciertos rozamientos en borrascosas reuniones de comunicaciones, una vez comenzadas las sesiones que provocaron —precisamente por ser ajeno a ellas— mi ascenso a Secretario General de ese gran certamen internacional.

Tanto en las sesiones preparatorias como en las ordinarias, tuve oportunidad de tratar personalmente, por primera vez, a Outes, quien estuvo especialmente amable conmigo. En 1933 fue consultado por el Dr. Levene, confidencialmente, acerca de mi designación como profesor titular de Prehistoria argentina y americana, en la cátedra que la enfermedad había obligado a renunciar a mi profesor, el Dr. Torres, y se pronunció a mi favor, en ocasión crucial para mi carrera, pues esa cátedra me era disputada, en la Facultad de Humanidades, por un colega bonaerense que olvidaba mis diez años de servicios reiterados como suplente y encargado de curso.

En ese año, y para vestir aún más dignamente, mi copiosa monografía sobre *Los artifices de la platería en el Buenos Aires colonial*, que fue editada por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, me hizo el honor de ofrecerme la reproducción de una bella plancha de cobre colonial con

una imagen de San Eloy, de época, avallorando tal contribución al buen éxito de mi libro con una descripción de la misma, hecha con la sobriedad y la minucia que le caracterizaban. En 1934 me facilitó una flauta de Pan lítica de las colecciones del Museo Etnográfico, para completar con su estudio uno, comparativo, del área de distribución de tales instrumentos de piedra en el noroeste argentino, que publiqué en La Plata.

Y, enterado de que preparaba el relato de mis viajes iniciales de estudio a la zona de Iruya y Santa Victoria, me ofreció las libretas de viaje de Debenedetti, depositadas en su Museo, en el caso de que Casanova (que había acompañado a su maestro en el viaje a Titiconte, última expedición del ex-director desaparecido), no pensase en editar tales resultados. Aunque ello no pudo realizarse, porque Casanova decidió hacerlo, su buena voluntad, espontánea, obliga a todo reconocimiento a su favor.

En 1936, Levene, alentado, sin duda, por el buen resultado de su primera tentativa de hacer trabajar en común a tan inveterados individualistas, volvió a reunir a los antropólogos argentinos, para que nos hiciéramos cargo del primer tomo de la *Historia de la Nación Argentina*, entonces en gestación. Por ser el primer tomo era una gran responsabilidad, pues él trazaría las normas de estilo, profundidad y responsabilidad, amén de las características tipográficas generales de la obra a crearse. Todos respondimos, menos el profesor Greslebin, a quien sus entredichos en el Congreso de 1932 le quitaban el placer de la reincidencia.

Con muy buen criterio se resolvió pedir a Outes que fijara el plan del volumen e hiciera un proyecto de distribución de los capítulos. Outes lo verificó, teniendo en cuenta los trabajos anteriores y las particulares preferencias de los participantes y se reservó un capítulo final, llamado "Exégesis" que serviría de remate y de nexo común a todos ellos y en el cual él estudiaría las conexiones de las regiones, *etnos* y culturas, con las grandes corrientes culturales indígenas del exterior de nuestro país. Poco más tarde se produjeron algunos acontecimientos que le determinaron a renunciar a escribirlo, lo que constituyó una falla evidente en los alcances y la estructura misma de nuestros capítulos particulares. Hay quienes estuvieron enterados de ese alejamiento de Outes, o lo intuyeron, u olvidaron esa reserva jurisdiccional y desarrollaron, poco o mucho, tal aspecto. Otros nos ajustamos más severamente al mandato originario, por diversos motivos. Quienes ignoraron, o han olvidado esos antecedentes de la

“cocina” de preparación del volumen, pueden todavía creer que tales limitaciones responden a miopía de los autores. Los que hemos actuado entonces sabemos que las cosas ocurrieron de muy otra manera...

Con los inconvenientes derivados de tan pocos contactos iniciales entre autores (limitados a una sola reunión general y separados en más de un asunto por irreductibles opiniones previas o hasta por fundamentaciones metodológicas diferentes) y, desde luego, con las notorias diversidades de estilo y amplitud de horizonte cultural, que pueden notarse, no hay duda de que el volumen resultante, si bien ahora francamente envejecido, constituyó en su hora, uno de los más representativos de lo que sabíamos de nuestras disciplinas y regiones del país hace casi un cuarto de siglo y uno de los más coherentes en la homogénea presentación de tales resultados. Después vinieron, en cambio, los infusos y profusos mamotretos y, lo que es peor, llegando a conclusiones diferentes...

Es lástima que si la habilidad y larga pericia de Outes nos ofreció un plan tan armónicamente sugerente, la inflexibilidad de su carácter nos privara del capítulo que debía coronar el volumen con las conclusiones finales. Sin embargo, su alejamiento del tomo no significó su distanciamiento con nosotros, indicio cierto de que no había sido motivado por disentimiento interno. Por el contrario, parecería haberse aficionado tanto a un trabajo en común más efectivo —*ad maiorem antropología gloria*— que encontró agradable hallar la forma de convertirlo en definitivo. Pues, cuando unos meses después, dos de nuestros colegas —Eduardo Casanova, de relevante actuación arqueológica en la Quebrada de Humahuaca, y Enrique Palavecino, especializado en etnografía chaquense— le sugirieron la formación de un organismo más estable que a todos nos concentrara, Outes lo aceptó en forma entusiasta.

Y retomando un pensamiento de juventud, que ya había expuesto, al final del siglo pasado, en un olvidado artículo de los *Anales de la Sociedad Científica Argentina* y en una no menos inencontrable “separata”, “Sobre la necesidad de fundar una Sociedad de Americanistas”, llamó a media docena de nosotros y nos incitó a crear una palestra común, en cual pudieran comunicarse y debatirse, sin enojos, las ideas científicas que a todos nos preocupaban tan vitalmente. Así nació la Sociedad Argentina de Antropología, ampliada al año siguiente con nuevos miembros y cuyos primeros estatutos fueron confiados para su redacción a Aparicio, Casanova y a mí.

Desde luego, por edad, dignidad y saber, Outes resultaba, de

hecho, nuestro primer presidente. Lo fue, tanto para satisfacción suya como nuestra y presidió, con la minucia que le era connatural, nuestras sesiones. Además publicó, en pequeñas *plaquettes*, de tipografía deliciosa, sus primeros mensajes y discursos. Bajo esa tradición de buen gusto aparecieron luego las *Relaciones*, no menos excelentes. La única que pareció exceder, con el primor de su continente, el valor de su contenido, fue la que dedicó al comentario de la cerámica de Arroyo Leyes, primera vez, también, en que el expeditivo y sagaz crítico se vió defendiendo un material supuestamente arqueológico por demás sospechoso, como lo sabíamos —apoyados en su detonante excentricidad— los que lo examinamos sin más datos que nuestros conocimientos de los *criterium formae*...

Como presidente de nuestra Sociedad fue cordial y respetuoso, lleno de tacto y del deseo de encaminar dignamente a la recién nacida entidad. Y poco después ésta siguió su vida propia, que —con los inevitables altibajos de la suerte— ha llegado hasta el presente. En abril de 1938 puso Outes fin a esa función presidencial, al tiempo en que se retiraba de sus cátedras, por jubilación. Entendió que teniendo la Sociedad su sede en esta Casa y requiriendo una atención y un ejercicio activo de la función presidencial, para que la Sociedad no cayera en el marasmo y la inactividad o aquella función se trocara en mera burocracia anodina, correspondía que ésta fuera desempeñada por un especialista en actividad y, si fuera posible, al frente de tareas activas de nuestras especialidades en alguno de los grandes centros de investigación de nuestro país. Solo así, pensaba, podría dar a la Sociedad el impulso necesario para cumplir sus elevados fines de constituir una palestra libre en la que todos los que nos ocupábamos de estas labores, profesionalmente, pudiéramos comunicar nuestros resultados y en la que los jóvenes que se fueran incorporando a nuestro grupo encontrarán la oportunidad propicia para dar a conocer sus primicias. Y, pese a todos los obstáculos, a veces muy serios, así se ha seguido cumpliendo hasta el presente...

Este sabio sin hijos tuvo al menos la suerte de contribuir a formar a un discípulo dilecto, el cual a su vez, aunque prematuramente desaparecido ha dejado muchos otros que están completando, por su parte, una obra excelente. En tal sentido, si el Destino negó a Outes los hijos de la carne, podemos reconocer el vigor de sus nietos intelectuales. Este sabio incisivo, que vivió por años rodeado de un extraño complejo defensivo, en su hogar en el que acumuló una biblioteca formidable que esgrimió con éxito, fue sin embargo, en cierto modo, un

solitario espiritual. Los títulos se fueron acumulando a los títulos, los diplomas de honor a los diplomas. Las más altas sociedades históricas y antropológicas del país y del extranjero le contaron en su seno. Pero circuló por ellas sin darse totalmente, reticente y crítico.

De muy lejana ascendencia gallega, de viejo linaje salteño, esa condición patricia de su prosapia se notaba cabalmente en su pres-tancia señorial, en la pulcritud extremada de su atuendo, en la falta de esa bonachona campechanía que caracterizó a Ambrosetti, en la de-fensa sin desvelos de su intimidad hermética.

Finura, mordacidad, pulcritud y justeza son los atributos de su prosa cuidada y un poco preciosista, esmaltada de palabras de los varios idiomas que cultivaba. Exigió pero se exigía. Con él y los prin-cipales de su generación nace, gracias a esa exigencia, una crítica más depurada y profunda, un incipiente señalamiento de las áreas culturales hasta ese momento conocidas, una utilización más amplia y fructífera de la bibliografía, un conocimiento más profundo y ex-tenso de la realidad del pasado remoto nacional. Por eso, al cumplirse los veinte años de su desaparición, la Sociedad Argentina de Antropo-logía, que fue una de sus obras de bien colectivo, saluda respetuosa-mente por mi intermedio la memoria de ese gran solitario...